

# LA BODA DE QUINITA FLORES

Serafín y Joaquín Álvarez Quintero

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicasen públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística, fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

ISBN 978-84-943706-2-5

© 2015 Paradimage Soluciones

# INDICE

PROLOGO A LA EDICIÓN DIGITAL .....	4
PERSONAJES.....	5
ACTO PRIMERO .....	6
ACTO SEGUNDO.....	33
ACTO TERCERO .....	72

# PROLOGO A LA EDICIÓN DIGITAL

Los hermanos **Serafín y Joaquín Álvarez Quintero**, nacidos en Sevilla (1871 y 1873 respectivamente), fueron unos destacados comediógrafos y dramaturgos españoles del siglo XIX. A pesar de que sus comedias eran apreciadas por la mayoría de su público fueron criticadas como piezas de poco valor literario (*Amores o Amoríos*, 1908 o *Malvaloca*, 1912).

**La boda de Quinita Flores** es una divertida comedia sobre los convencionalismos sociales, que narra un plantón ante el altar, una escapada para olvidar... y un feliz desenlace, como suele ser habitual en las obras de estos autores. Fue estrenada en el Teatro de Barcelona, de la capital de Cataluña, el 8 de julio de 1925. Fue pasada a la gran pantalla por el director Gonzalo Delgrás en 1943

*Consulta el catálogo completo de obras publicadas por Paradimage en*  
***[www.paradimage.com](http://www.paradimage.com)***

# PERSONAJES

QUINITA FLORES

AMALIO

ROSA LUISA

FRAY CRISTINO

CRISTOBALINA

DON CAYO LAGARTERA

DOÑA TRENZA

MANUEL

CARMELA

PORTILLA

ELADIA

PEPETE

UNA ZAGALILLA

TOMÉ

EUGENIO

DON NORBERTO GÓMEZ

MANRIQUE

## ACTO PRIMERO

*Estancia elegante en casa de DOÑA TRENZA, viuda del general Zarco, en Madrid. Puerta a la izquierda del actor. A la derecha, en segundo término, prolongación de la estancia hacia el interior. Al foro, otra puerta, que deja ver un lindo oratorio, en cuyo altar resplandece la imagen de una Dolorosa. Ante él, hoy más adornado y brillante que nunca, se han de unir luego en matrimonio dos vidas, si Dios quiere. Es por la mañana y en abril.*

*CRISTOBALINA, soltera y mártir, que «se ha plantado» en los treinta años y «no cumple» uno más, sale por la puerta de la izquierda, encendidos de llorar ojos y mejillas, e hipando y sollozando que da compasión. La sigue DOÑA TRENZA, la mayor de sus hermanas, de veinte años más que ella, envejecida y achacosa.*

**CRISTOBALINA.** ¡Ay! ¡Ay!...

**DOÑA TRENZA.** Pero, CRISTOBALINA. ..

**CRISTOBALINA.** ¡Ay! La Virgen Santísima me perdone, Trenza; no puedo remediarlo. ¡Ay! ¡Ay! ¡Pobre niña mía!

**DOÑA TRENZA.** Cualquiera que te oyese, hermana, creería que llevamos a Quinita al degolladero. Cálmate; no te pongas así, que estás llamando la atención de las gentes.

**CRISTOBALINA.** Por eso huyo de ellas; por eso me voy a meter en un rincón, donde no me vea nadie; a desahogarme allí a mis anchas.

**DOÑA TRENZA.** Pero, mujer, ¿qué razón hay para tales extremos? Estás un poco desquiciada.

**CRISTOBALINA.** Es posible: serán mis vehemencias. El tiempo lo dirá. Tú crees que nuestra sobrina va a ser muy dichosa en su matrimonio, y yo creo que va a ser muy desgraciada. ¡Ay! ¡Ay! ¡Dios mío!

**DOÑA TRENZA.** ¡Y dale! Sosiégate, que alguien viene hacia acá.

**CRISTOBALINA.** ¡Qué tormento! *(Por la misma puerta de la izquierda sale ELADIA, doncellita muy mona y que, con motivo del acontecimiento del día en la familia, no se cambia por nadie. No parece sino que es ella la que se va a casar.)*

**ELADIA.** Señora.

**DOÑA TRENZA.** ¿Qué hay?

**ELADIA.** Un señorito, que quería pasarle a la señora su tarjeta, pero que no se la ha pasado porque dice que se ha dejado la cartera olvidada en su casa, desea saludar a la señora.

**DOÑA TRENZA.** ¿No te ha dicho su nombre?

**ELADIA.** El señor Portilla.

**DOÑA TRENZA.** ¡Ah, sí: Portilla! Lo esperaba. Estos periodistas no pierden ocasión.

**ELADIA.** ¿Es periodista? ¡Mire usted por dónde! Me alegro de haberle sonreído.

**DOÑA TRENZA.** Viene por datos de la ceremonia; viene a ver el altar... Que pase.

**ELADIA.** ¡Ay qué altar! ¡Qué altar!

**DOÑA TRENZA.** Para casarse, ¿no?

**ELADIA.** Para casarse o para divorciarse, señora.

**DOÑA TRENZA.** ¡Muchacha! ¿Para divorciarse?

**ELADIA.** Divorciarse, ¿no es casarse dos veces?

**DOÑA TRENZA.** ¡Qué desatino!

**ELADIA.** Pues un primo mío, que está en el Juzgado de Chamberí, se quiere divorciar porque le gusta otra.

**DOÑA TRENZA.** Dile que pase a ese señor y no ensartes más paparruchas.

**ELADIA.** Dispense la señora. La alegría es muy atolondrada, y a mí me llega hoy la alegría de todos. (*Se va.*)

**DOÑA TRENZA.** ¿Has oído, Cristobalina? ¡La alegría de todos!

**CRISTOBALINA.** Sí, sí; ya sé que yo soy en esta ocasión el garbanzo negro de la olla. ¡Ay! ¡Ay! ¿A qué viene el simple de Portilla?

**DOÑA TRENZA.** ¿A qué quieres que venga, mujer? ¡A preparar una crónica para la revista de sociedad en que escribe! Y hay que agradecersele.

**CRISTOBALINA.** Pues no te encargo más que una cosa: que como tienes la manía de contarle a todo el mundo la edad de las personas...

**DOÑA TRENZA.** Yo ¿qué le he de contar a Portilla...? ¿A santo de qué? Pero, en fin; por si acaso: ¿qué edad quieres que le diga que tienes tú?

**CRISTOBALINA.** ¡La que tengo!

**DOÑA TRENZA.** (*Maliciosamente.*) ¿La que tienes?

**CRISTOBALINA.** La que tengo, sí: treinta años.

**DOÑA TRENZA.** Has hecho bien en decirme la cifra. Tu hermana mayor soy, y ya no recordaba puntualmente...

**CRISTOBALINA.** ¡Ay! ¡Ay!

**DOÑA TRENZA.** ¡Por Dios, mujer! *(Volviéndose con gran afabilidad hacia el anunciado PORTILLA, muchachuelo imberbe, que aparece en este momento, hecho un caramelo de los Alpes.)* ¡Manolo!

**PORTILLA.** ¡Doña Trenza! ¡Cristobalina! A sus pies y a sus órdenes.

**CRISTOBALINA.** Muchas gracias.

**PORTILLA.** Ya he saludado a sus otras hermanas...

**DOÑA TRENZA.** Sí: ellas van llevando el peso de los honores. Cristobalina, por sensible, y yo, por agotada, más estamos para que nos atiendan que para atender.

**CRISTOBALINA.** ¡Ay!

**PORTILLA.** Lo comprendo; bien que lo comprendo. Ciertas emociones... ¡Cómo está la casa de gente! ¡Lo mejor de Madrid!

**DOÑA TRENZA.** ¡Son tantas nuestras relaciones!... Luego, las simpatías de los muchachos... ¿Usted se quedará al almuerzo?

**PORTILLA.** ¿Cómo no? ¡Ya he visto en el jardín unas mesas espléndidas! ¡Primaveral! ¡Primaveral! ¿Quién lo sirve?

**DOÑA TRENZA.** Lhardy. Vaya usted, si quiere, tomando notas...

**PORTILLA.** No, no acostumbro. Yo tengo mucha retentiva.

**DOÑA TRENZA.** Mire usted el altar.

**PORTILLA.** ¡Ah! ¡Divino! ¡Esplendente! ¡Un ascua de oro! ¡Lindo es esto de casarse en la propia casa! ¡Envidiable! ¡Primaveral!

**DOÑA TRENZA.** Ha sido deseo de mi sobrina. Éste es el oratorio que fue de su madre. La muerte del padre de Quinita coincidió con la de mi marido, y desde entonces vivimos juntas.

**CRISTOBALINA.** ¡Ay!

**PORTILLA.** ¡Qué impresionada está Cristobalina!

**CRISTOBALINA.** ¡Ay!

**DOÑA TRENZA.** Mucho, mucho. Una boda es siempre una pregunta al porvenir. Para mí la de hoy tiene, a no dudar, una bella respuesta. Serán muy felices. Yo he soñado con este matrimonio. *(CRISTOBALINA no puede oír ya esto en calma, y se aleja por la derecha, conteniendo sus sollozos a duras penas.)*

**PORTILLA.** ¡Muy impresionada!

**DOÑA TRENZA.** Usted calcule... Las dos queremos a Quinita como a una hija. En mí no es extraño: viuda y sin hijos propios... En ella lo es más: soltera... ¡tan joven todavía!... *(Esta última frase la dice levantando la voz, por si la escucha la interesada.)*

**PORTILLA.** ¿De manera que el almuerzo dice usted que lo sirve Botín?

**DOÑA TRENZA.** ¡No! ¡Lhardy!

**PORTILLA.** ¡Lhardy! ¿Cómo no? Es que luego ceno en casa de Botín con unos portugueses, y se me ha metido entre ceja y ceja...

**DOÑA TRENZA.** Tome usted nota...

**PORTILLA.** No, no me hace falta. ¿Quién bendice la unión?

**DOÑA TRENZA.** El obispo de Madrid Alcalá.

**PORTILLA.** Debí presumirlo: lo he visto ahí de uniforme...

**DOÑA TRENZA.** ¿Cómo de uniforme?

**PORTILLA.** ¡Qué cabeza! ¡Al lado del general Carranza, que viene de uniforme!

**DOÑA TRENZA.** Ése es cabalmente el padrino.

**PORTILLA.** Me lo había figurado.

**DOÑA TRENZA.** Y la madrina, mi hermana Genoveva, que también la sacó de Pila.

**PORTILLA.** ¿A quién?

**DOÑA TRENZA.** ¡A Quinita!

**PORTILLA.** ¡Ah, sí! No estuve.

**DOÑA TRENZA.** Claro.

**PORTILLA.** Todavía no actuaba... ¡Je! Y ¿quién es un muchacho que no se despega de Quinita, muy simpático él...?

**DOÑA TRENZA.** Con aire de familia, ¿verdad?

**PORTILLA.** Justo.

**DOÑA TRENZA.** Pues es Manrique, mi sobrino, el hermano de ella, que vive en París y ha venido a la boda.

**PORTILLA.** ¡Ya! El hermano, que vive en París, y ha venido a la boda... ¡Ya! Muy tierno, muy tierno. ¡Primaver! ¿Adolfo ha dicho usted que se llama?

**DOÑA TRENZA.** Manrique.

**PORTILLA.** ¡Manrique! ¡Sí! Es que me acosté anoche leyendo a Bécquer y todavía confundo... ¡Bien, bien! Conque tenemos que el oratorio en que van a casarse era de su hermana de usted Genoveva.

**DOÑA TRENZA.** No, no; el oratorio era de la madre de Quinita, de mi hermana Antonia, que en paz descanse. Genoveva será la madrina, ¿no le digo a usted? ¿Por qué no apunta?...

**PORTILLA.** ¡Jamás! ¡Me armaría luego un lío!

**DOÑA TRENZA.** ¿Y así no?

**PORTILLA.** ¡No! ¡Tengo muchísima retentiva! Al ponerme después ante las cuartillas para escribir, veo todo lo oído como en un espejo.

**DOÑA TRENZA.** Menos mal.

**PORTILLA.** No hay que decir que los novios estarán entusiasmadísimos.

**DOÑA TRENZA.** ¡Entusiasmadísimos! Se da el caso raro de que ella no ha tenido otro novio ni él otra novia.

**PORTILLA.** Eso es bonito. Lo diré: no han sido novios nunca.

**DOÑA TRENZA.** Quinita ha cumplido ahora los veinticinco años y él los treinta. Pues desde los diez de ella se hablan y se quieren.

**PORTILLA.** ¡Muy bonito! ¡Primavera! Así da gusto.

**DOÑA TRENZA.** ¿Vamos a pasar a ver los regalos?

**PORTILLA.** ¿Cómo no?

**DOÑA TRENZA.** Son innumerables: verá usted. ¡Un museo! Prepare usted el lápiz ahora.

**PORTILLA.** ¡Ca! Con mi retentiva... *(Aparece por la derecha Don CAYO LAGARTERA, poeta de circunstancias desde su más tierna edad, y ya está bien maduro. Viene un tanto abstraído: algo trae entre pecho y espalda).*

**DOÑA TRENZA.** ¡Lagartera!

**PORTILLA.** ¡Don Cayo! ¿Usted por aquí?

**DON CAYO.** ¡Portillita! ¡Querido Portillita! Soy gran amigo de la casa.

**DOÑA TRENZA.** ¡Digo! ¡Apenas pica el sol! ¡Sus primeros versos, siendo todavía una criatura, cuando él empezaba, los leyó en mi boda!...

**PORTILLA.** Igual que Zorrilla en el entierro de Fígaro.

**DOÑA TRENZA.** ¡Igual precisamente, no!

**PORTILLA.** ¡Por la revelación lo decía!

**DOÑA TRENZA.** Eso sí.

**DON CAYO.** ¡Porque ya hay distancia de la elegía al epitalamio! ¡Los versos que he compuesto yo desde entonces! ¡Dios mío! ¿Se acuerda usted de aquéllos?

**DOÑA TRENZA.** ¿Quién podrá olvidarlos, Lagartera? Esas impresiones duran lo que la vida.

**DON CAYO.** «Blanca paloma sin hiel... Escapada del nidal: abandonas tu fanal para ir a Luna de miel.»

**DOÑA TRENZA.** ¡Inolvidable!

**PORTILLA.** ¡Qué facilidad ha tenido siempre!

**DON CAYO.** ¡Pchs! Las musas, que le soplan a uno... Y si me dejase más tiempo esa Tabacalera...

**PORTILLA.** ¡Gran verdad es que el poeta nace! ¡Ya lo creo que nace! Hoy, por supuesto, nos dará usted alguna sorpresa...

**DOÑA TRENZA.** ¡No será sorpresa!

**DON CAYO.** Allá veremos... ¡Qué diablo! El que malas mañan ha... Mucho será que de aquí a los postres del almuerzo no se me ocurra alguna tontería.

**DOÑA TRENZA.** Pues vamos a dejarlo, Manolo; que a lo mejor venía buscando soledad...

**DON CAYO.** ¡O tal cual consonante rebelde! ¡Je!

**DOÑA TRENZA.** Por aquí.

**PORTILLA.** Por donde usted me guíe. *(Se va por la derecha con DOÑA TRENZA. DON CAYO sigue con su obsesión. Tras una pausa dice:)*

**DON CAYO.** Claro que siempre es más bonito recitar que leer... Produce más efecto, porque parece que se improvisa. Aunque nadie lo crea, lo parece. Si no me fallara la memoria... Probaré, probaré... ¿Qué pasa en este inigualado día...? ¡No hay como los sonetos en estos instantes!... ¿Qué pasa en este inigualado día...? *(Continúa silabeando entre sí. Ha hecho un soneto para la fiesta y desea grabárselo en la memoria. Vuelve en esto CRISTOBALINA por donde antes se fue, y se dirige a él, ansiosa de volcar por su parte el acíbar que está tragando. Inoportunidad manifiesta, dado que nuestro hombre se halla metido en miel hasta el corazón. CRISTOBALINA le habla y él la escucha a medias, más atento a lo suyo.)*

**CRISTOBALINA.** ¡Oh, Lagartera! ¡La Providencia me lo depara a usted!

**DON CAYO.** ¿Cómo?

**CRISTOBALINA.** ¡Yo necesito vaciar el cántaro, que ya rebosa! ¡A usted también lo veo preocupado, y seguramente la causa es la misma!

**DON CAYO.** No...

**CRISTOBALINA.** ¡Sí! ¡No me lo niegue usted, porque nos conocemos! Usted anda queriendo aislarse, como yo; usted habla solo por los rincones, como yo... No es para menos, si comparte usted mi sentir... ¡Qué día! ¡Qué tragedia!

**DON CAYO.** ¿Eh?

**CRISTOBALINA.** ¡Qué tragedia! ¡Qué día! ¡Este casamiento es un disparate!

**DON CAYO.** ¿Qué me dice usted?

**CRISTOBALINA.** ¡Lo mismo que usted piensa! ¡Abajo la careta, Lagartera, que le abre a usted su pecho sangrante una mujer que está convencida de lo que dice! ¡Abajo la careta!

**DON CAYO.** (*Maquinalmente.*) ¡Abajo!

**CRISTOBALINA.** ¡Mi sobrina Quinita no debía casarse con ese hombre!

**DON CAYO.** ¿No?

**CRISTOBALINA.** ¡No, señor! ¡Ese hombre no la quiere, no la ha querido nunca! ¡Viene a casarse a rastras, comprometido ya por las circunstancias sociales y por el tiempo que lleva de relaciones! ¡Pero no la quiere; no la puede querer! ¡Para nadie es un secreto que tiene una amiga y dos hijos! La prueba es que tres veces ya se ha aplazado esta boda: ¡tres veces! Primero, que un luto; luego, que no sé qué enfermedad; después, que un viaje, y unas oposiciones, y un traslado, y eche usted todo lo que quiera. ¡Pretextos y evasivas! ¡La querindonga y nada más, que le saca los ojos como se case! ¡Pero aquí todos están ciegos, ciegos: nadie lo ve! ¡Y es la luz del día! Y a mí, que lo veo, me recusan por apasionada... Dicen que todo esto es despecho —¡Qué contra Dios! ¡Qué lenguas!— porque suponen que alguna vez me hizo el amor Amalio... ¡Deliran! ¡Mienten! ¡Inventan lo que les da la gana! ¡A mí ese hombre no me ha mirado nunca con buenos ojos! ¡La antipatía es recíproca! ¡Él huele que yo lo he conocido! ¡Qué tragedia! ¡Qué crimen! ¡Pobre sobrina mía! ¡Que me ha pretendido nunca tamaño pasmarote!... ¡En todo caso, yo lo hubiera mandado a paseo! ¡Somos incompatibles!

¡Yo soy de fuego y él de horchata! ¡Ave María! ¡Unir mi vida a un estafermo así! ¡Un hombre que dice que se acuesta a oscuras para irse acostumbrando por si alguna noche se le funde la bombilla en la alcoba! ¡Jesús!

**DON CAYO.** Calma, calma, Cristobalina.

**CRISTOBALINA.** ¡No puedo! ¡Es superior a mí! ¡Veo la evidencia y no sé resignarme! ¡Qué boda! ¡Qué desastre! Es tal mi convicción...

**DON CAYO.** *(Como quien viene de una estrella)* ¿Qué?

**CRISTOBALINA.** ¿Me escucha usted o no me escucha?

**DON CAYO.** Sí, sí.

**CRISTOBALINA.** Es tal mi convicción, que esta noche he soñado que la boda no llegaba a lograrse; que él la dejaba plantada en el mismo altar...

**DON CAYO.** ¡Calle usted, por Dios! ¡Pobre soneto mío!

**CRISTOBALINA.** ¿Qué?

**DON CAYO.** ¡Pobre soneto mío!

**CRISTOBALINA.** ¡Ah! ¿Esto es todo lo que se le ocurre a usted ante mis palabras?... ¿Compadecerse nada más que del buñuelo que nos prepara para los postres?

**DON CAYO.** ¡Cristobalina!...

**CRISTOBALINA.** ¡Qué decepción! ¡Qué infamia! ¡Y yo creía hablarle a un convencido como yo, a una persona inteligente! **DON CAYO.** Cristobalina... la veo a usted en un estado tal de excitación, que lo mejor que puedo hacer es disculparla... dar por no oído... ¡Le ha llamado usted buñuelo a una composición que no conoce todavía!...

**CRISTOBALINA.** ¡Conozco el aceite y la masa! ¡Pues, hombre!

**DON CAYO.** Bueno, bueno... ya digo que lo mejor es no enterarse...

**CRISTOBALINA.** «¡Pobre soneto mío!» ¡Ocurrencia es! ¡Qué sarcasmo!  
«¡Pobre soneto mío!» ¡Hay que oír de todo en este mundo!

**DON CAYO.** No enterarse, no enterarse... No hay otra salida... No enterarse... ¡Buñuelo mi soneto! ¡Yo no me he enterado! *(Se vuelve a ir por la derecha, con fuego en los carrillos.)*

**CRISTOBALINA.** ¡Madre de Dios! ¡Y éste es un amigo leal! ¡Y en el día de hoy sólo le importa su soneto! ¡Ganas dan de echarlo de la casa! *(Aparece en esto por la puerta de la izquierda la heroína, QUINITA FLORES, en traje de novia, acompañada de su hermano MANRIQUE, joven diplomático.*

*No hemos de dejar el elogio que merece QUINITA ni a PORTILLA ni a LAGARTERA. Es su belleza dulce y serena. A sus lindos ojos asoma un alma llena de luz; de luz suave y tranquila. Al verla vestida de novia, cerca del altar en que ha de bendecirse su matrimonio, dichosa y sonriente, hay que ser de mármol para no envidiar al futuro dueño.)*

**QUINITA.** Cristobalina, te buscaba.

**MANRIQUE.** ¿Qué haces aquí sola?

**CRISTOBALINA.** No lo sé: escapar de mí misma.

**QUINITA.** Al revés que todo el mundo, que desea verte. Acaba de llegar Ernestina Olive, y pregunta con insistencia por ti.

**CRISTOBALINA.** Allá voy. Tu fu... tu no... Amalio ¿no ha venido aún?

**QUINITA.** Aún no. Se conoce que quiere chafarme. Se está componiendo más que yo.

**CRISTOBALINA.** ¡Ay! (*Vase de estampía por la puerta de la izquierda.*)

**QUINITA.** Pero ¿tú ves esto, Manrique? ¿Te explicas tú la actitud de Cristobalina?

**MANRIQUE.** Chica, me está llamando la atención desde que llegué.

**QUINITA.** (*Risueña.*) Da no sé qué mirarla. No duerme hace tres noches. Tiene los ojos abrasados. ¡Ni que Amalio fuera a apoderarse de mí para conducirme a un desierto y entregarme a las fieras! ¡Qué miedo!

**MANRIQUE.** Pero eso, ¿por qué es?

**QUINITA.** ¿Quién puede averiguarlo? Como no sea por la frenética antipatía que siempre le ha tenido...

**MANRIQUE.** No es bastante, hermana. Sería una insensatez que, tratándose de tu ventura, no supiese ella reprimirse, disimular siquiera...

**QUINITA.** Pues no sabe.

**MANRIQUE.** Pues debería aprender; que ya tiene años para ello... aunque los disimule. El asunto es que, a pesar mío, ha conseguido preocuparme.

**QUINITA.** ¡Manrique!

**MANRIQUE.** Sí, hermana.

**QUINITA.** Mira a tía Trenza, mírame a mí, míranos a todos.

**MANRIQUE.** Desde que llegué a París no hago sino eso: mirar a todos. Además, es condición de diplomático, Quinita, procurar enterarse del fondo de las cosas por propia observación, usando de la natural perspicacia. Como, por otra parte, vivo hace tiempo lejos de vosotros, sin ser muy lince veo de pronto en el cuadro mucho más que los que a diario lo contemplan y ya están habituados a él. Y el claroscuro que noto es

violento: de Zurbarán. Tía Trenza lo pinta todo de color de rosa. No hay para ella una sombra en el horizonte. Cristobalina, en cambio, ve negro hasta tu ramo de azahar. Más diré: tu ramo de azahar es lo que ve más negro. ¿Qué razón hay para esta divergencia?

**QUINITA.** *(Con buen humor.)* ¡Que Cristobalina está chiflada!

**MANRIQUE.** ¿Chiflada?

**QUINITA.** ¡Chiflada! Y un loco hace ciento. Piensa también, si quieres explicártelo de otro modo, en lo que desquicia la soltería a algunas mujeres. Cuando ya van perdiendo toda esperanza de matrimonio, se vuelan, se crispan, y la pegan con todo el mundo. ¡Dios mío! ¡Si ella me escuchara!...

**MANRIQUE.** No he dejado de hacerme esa reflexión, no te figures. Pero, no obstante...

**QUINITA.** En serio, Manrique. Ven acá. Quiero yo infundirte mi confianza y acabar con esas dudas tuyas. Yo también soy un poquito diplomática y me he dado cuenta de tu lucha interior. ¡Imagina lo que te la agradezco, porque me dice sin palabras todo lo que me quieres y todo lo que te interesa mi porvenir! Ven acá. Estamos frente al altar en que voy a casarme; frente al oratorio en que mamá rezaba y pedía a Dios por nosotros. Pues aquí te digo que deseches todo temor, todo recelo; que no dudes de mi futura dicha.

**MANRIQUE.** ¿No, verdad?

**QUINITA.** No. Sé adónde voy y con quién voy. No soy tan niña como para dejarme llevar a ciegas al matrimonio. Me hago cargo de cuanto me

puede guardar. Pero como estoy segura de que Amalio me quiere mucho...

**MANRIQUE.** ¿Te quiere mucho?

**QUINITA.** Con toda su alma. Y como estoy todavía más segura de cuánto yo lo quiero a él...

**MANRIQUE.** ¿También mucho?

**QUINITA.** ¿Me casaría, si no? Lo quiero mucho, mucho. Sólo que a mi modo. Yo no creo en esas llamas repentinas de cariño entre hombre y mujer; es decir, creo en ellas, pero no en la duración de su fuego. Amalio y yo nos conocemos desde niños; parecemos predestinados a esta unión. Y un cariño que se ha ido labrando de esta manera día tras día, despacito, sin relumbrones, está mucho mejor cimentado que algunos otros que parecen más vivos. ¿No opinas tú así?

**MANRIQUE.** Sí; lo que dices es razonable.

**QUINITA.** A mí no me han asaltado nunca celos terribles porque él tardase un día en venir a verme, ni súbitos rubores porque me trajese un regalo imprevisto, ni angustias porque otras mujeres lo miraran, ni palidez porque ante mí se atreviera alguien a discutir algún acto suyo; ni jamás me ha entrado tampoco deseo de asomarme al balcón como para arrojarme por él al saber de improviso que iba pasando por la calle... No, no; eso, nunca. No soy así: soy un poco más Doña Quieta, Doña Suave.

**MANRIQUE.** ¡Y bendita sea esa serenidad de tu corazón!

**QUINITA.** Como también te digo que me caso con esta ceremonia y este boato por complacer a la tía Trenza. Mi gusto hubiera sido muy otro. Cuanto más trascendental y grave pueda ser lo que a mí se refiera, más gente me estorba alrededor. Yo no hubiese querido aquí más que a